

EL SIMUN PAMPEANO¹

Julio A. Colombato

El invierno de 1935 se había presentado ventoso con violencia desacostumbrada, no sólo por la persistencia del ventarrón sino porque venía acompañado de un frío descarnado, rastrero, seco, al que sabíamos designar como responsable de la helada negra, tan carente de humedad que terminaba por cuartear la piel. Es que la helada seca, con vientos que hacen bajar la temperatura a menos de 10° bajo cero, no llegaba a ser usual, afortunadamente.

El silbido del viento, a veces agudo, que se transformaba en grave cuando perdía velocidad, dejaba oír entonces el roce de la arena sobre los vidrios de las ventanas y había logrado despertarme, aunque todavía era temprano para que se iniciara el amanecer.

Mi hermano, acostado en el lecho de al lado, dormía acurrucado luchando contra el frío. Oí que mi padre también se había despertado y vestido, prendiendo la luz amarillenta de la cocina. Casi de inmediato percibí que iniciaba la extracción de la ceniza de la estufa de fundición a leña para proceder a encenderla. Oí el crujir del papel estrujado, los secos sonidos de los finos trozos de leña cuidadosamente elegidos con anterioridad, la selección de troncos finos y aptos para iniciar un fuego seguro. Unos instantes más tarde, el olor de una corta porción de kerosene me indicó la iniciación del fuego alegre y amistoso. La acción se repitió cuando mi padre prendió la estufa hogar del comedor grande. Ya despierto empecé a levantarme tratando de no hacer ruido para no despertar a mi madre y hermano.

Oí que Teresa² bajaba de la habitación de servicio para iniciar el trabajo del día, mientras mi padre preparaba su mate de madera torneada y bombilla de plata, regalo de Dídimo Parada³, nuestro viejo tío platero. Mi padre, al verme, me pasó un mate, rara distinción muy poco usual, mientras Teresa llenaba el termo de pico fino. Mi padre le dijo que abriera el molino y lo pusiera a media rienda, ya que el pampero arreciaba. Mientras tomaba sus mates, se preocupó por poner en marcha la moderna cocina a nafta, a gravedad sin presión, marca Volcán y el gran calefón niquelado que daba pánico con su ruido zumbante y su calor intenso.

Mi padre se afeitó con prolijidad, asentando en primer lugar la ancha y afilada hoja de la navaja española, sosteniendo la tensión del cuero afilador, trabajo que yo seguía con atención. Me ordenó que tomara el café con leche con el pan y la manteca y terminara de vestirme. Así lo hice, calzándome las largas medias que

1 Colombato, 1998.

2 Se refiere a Teresa Formiglia, hija de chacareros de la zona del Bajo de las Palomas golpeados por la crisis económica y las contingencias climáticas. Teresa entró a trabajar entonces en lo de Colombato.

3 Lassalle y Colombato, 1992:47.

llegaban hasta las entepiernas, los pantalones cortos que cubrían solo hasta las rodillas, los altos botines que protegían los tobillos, la cerrada camiseta de frisa, la camisa de algodón, el grueso pullover de manga larga y ajustada, el guardapolvo blanco y tableado. Cuando logré equiparme apareció mi madre, me colocó el sobre todo, el gorro tejido, la bufanda de lana, las antiparras que me defendían de la arena y los guantes tejidos, dándome el beso de despedida. Impulsé los pedales de la bicicleta y salí por la calle Oliver de pura arena, rumbo al oeste, ayudado por el viento. En cuanto pude, subí a la vereda de ladrillos, aprovechando el escaso tránsito. Pasé por el frente del Teatro Español, por la farmacia Médici⁴ de Armando Marchissotti, le hurté el cuerpo a la esquina del viejo Correo, tomé la calle 9 de Julio con el flamante Hotel Comercio, de moderno estilo egipcio luciendo su cortina de moda, sobrepasé la vieja Asistencia Pública, llegué a la casa de la tía Emilia Parada⁵, dejé la bicicleta tras la puerta cancel y corrí hasta la puerta de entrada de la Escuela de Aplicación, custodiada por el portero Pereyra que no dejaba de controlar la hora con su enorme reloj de bolsillo.

Entré al aula de 5° grado cuando ya llegaba, taconeando, la terrible y respetada Indalecia García, con la que estábamos ensayando el Plan Dalton con maestros especializados en Letras, de lo que se encargaba Bertita Arévalo y de Ciencias que manejaba eficientemente Indalecia, con la presencia activa de los alumnos practicantes en distintos niveles, con docentes especiales en música y canto, dibujo, caligrafía, educación física y deportes, carpintería, economía doméstica, jardinería, es decir de todo un poco, y que como corresponde a una metodología totalizadora abarcativa, debía servir a todos los que logran incorporarse al grupo, problema que no era simple de resolver con justicia, pues el número de aspirantes estaba limitado mediante exigentes exámenes de ingreso, para una sola escuela secundaria en todo el ámbito territorial.

La estufa a leña emitía su deseado calor mientras esperábamos el exacto tañido de la campana, que marcaba inexorablemente el transcurrir del largo tiempo que requería el proceso de enseñanza-aprendizaje. Iniciábamos, como era costumbre, con rápidos ejercicios de matemática que había que contestar a plena voz, saltando de uno a otro, sin que faltara alguna escasa broma aceptada o restringida, según el caso. De allí se pasaba, de acuerdo al horario, a Aritmética, Geometría, Gramática, Lectura, de allí a Ciencias Naturales con algo de Geología, Botánica, Zoología, Geografía, Historia, sin olvidar Música y Canto, Caligrafía, Educación Física y Tiro al Blanco, en contra turno, que se completaba con los largos deberes y la terrible puja entre los Practicantes, que debían demostrar sus capacidades en un ambiente caracterizado por las más altas calificaciones competitivas. Después del "recreo largo", acompañando el "vaso de leche", continuaba la tarea que finalizaba mediante una marcial marcha que nos permitía salir en ordenados grupos a los

4 Lassalle, 1995, tomo II:181-205.

5 Emilia Beanatte de Parada y sus hermanas, instaladas antes de la capitalización de Santa Rosa, idem cita 3.

respectivos hogares.

Luego de almorzar, mientras nuestros padres desperezaban una corta siesta, yo salía en mi bicicleta rumbo al taller mecánico de mi tío Juan⁶, que con su eterno pucho en los labios ya estaba atendiendo su misterioso y admirado torno que yo envidiaba profundamente. Siempre estimé a mi tío Juan, seguramente porque era callado y serio y especialmente porque solía hablarme y relatarme aventuras reales o imaginarias, referidas a cacerías de perdices y gamas que ya escaseaban pero que estaban siendo reemplazadas por los ciervos colorados que había importado don Pedro Luro. También me encantaba que me mostrara sus armas muy cuidadas y brillantes, que me enseñara a emplear sin carga, un Winchester 44, dos escopetas del 12 y del 16; dos revólveres Colt 38 largo. Yo admiraba su automóvil Overland, una *voiturette* de dos puertas, descapotable, de brillante color amarillo, con la que iba a visitar a su novia rubia de ojos azules que pronto sería su esposa.

Mi entretenimiento mayor era construir un velamen de tela y caños, que se podían encastrar firmemente. Lo había copiado en base a unos grabados que extraje del "Tesoro de la Juventud". Dibujé un proyecto elemental y le pedí a mi tío que me dirigiera el trabajo. Logré convencerlo con la condición de que yo lo haría sin hacerle perder su valioso tiempo.

Lo inició y ordenándome que trazara el dibujo del proyecto lo observó, lo corrigió y modificó hasta lograr uno aceptable. Dibujado el plano fuimos a un taller de bicicletas a revisar los rezagos que pronto compré en abundancia. La idea era aprovechar el viento. Su existencia era una realidad permanente desde hacía no mucho tiempo. La gente decía que el clima había cambiado, que ahora el viento era eterno. Algunos aseveraban que no cesaba nunca, sólo dos horas por día. Los charcareros que venían constantemente al taller a efectuar reparaciones de máquinas, molinos y demás, decían que las dunas que se habían formado producían acumulaciones realmente inmensas. En Telén llegaban a los 30 metros de altura, en Santa Rosa entre 7 y 10 metros, en Loventuel 6 metros, en Luan Toro 16 metros, en San Huberto (de Pedro Luro) 5 metros. Mientras tanto los vientos iban cambiando constantemente de posición, aunque predominaban los del cuadrante Suroeste.

El marco del velamen lo cortamos y armamos por partes, encastrándolo a presión, para lo que hubo que dilatar algunos tramos. Indudablemente, para hacer todo esto tuve que aprender a emplear las sierras, las limas, el esmeril, a hacer las roscas y utilizar las tuercas; tenía además que hacer otras tareas como cebar mate, hacer mandados, barrer el taller, limpiar las herramientas, ordenarlas... Nada era gratuito. Pero a poco el velamen adquirió forma. Un domingo temprano Juan me llamó al taller. Cuando llegué me dijo que íbamos a armar el "velero" como él le llamaba, acción que ya había ensayado varias veces. Fuimos a la iniciación de la laguna. La tal laguna, que llamábamos de "don Tomás", ya era sólo un plano de barro

6 Se refiere al antiguo vecino y tornero Juan Colombato.

totalmente seco y cuarteado, formando polígonos regulares. Subimos a la *voiturette*, bien abrigados y con la capota cerrada con su lona y sus placas de mica transparente. Previamente cargamos la caja de herramientas, los caños del velamen y las telas que prolijamente había cosido a máquina nuestra tía Luisa Beanatte⁷.

Como hacía siempre, Juan cargó a la cintura los dos Colt "Caballito" y la larga cartuchera bien abastecida de brillantes cartuchos bronceados, se puso el saco, se encasquetó la gorra de visera y sin más puso en marcha el auto que, a escape libre, producía un ensordecedor rugido con sus seis cilindros en línea. Apuntamos al camino a Toay siguiendo la larga fila de eucaliptus de la calle España, inclinados por el fuerte viento, entramos al arenal que nos llevó por el camino de tierra a la quinta de Cicognani y a las vías del tren que cruzamos a los saltos.

Al poco rato nos detuvimos. Enseguida Juan procedió a armar el marco ajustando la rosca del sostén principal. Sobre él enroscó un tramo de alrededor de un metro de alto y sobre él encastró otro de menor diámetro y así continuó agregando los tramos ajustándolos con sus fuertes manos y la llave inglesa. Probó la solidez quedando conforme. Enseguida terminó el trabajo ajustando dos vigas paralelas en las que enganchó dos de las telas que actuaban como fuertes velas. Me dijo que montara la bicicleta y apretara los frenos, pues el viento que soplabá fuertemente de cola iniciaba el empuje. Así lo hice y de inmediato el artefacto respondió adquiriendo velocidad. A su orden solté totalmente los frenos y el velero comenzó a circular cada vez a mayor velocidad. -"¡Buscá los sitios más lisos y déjalo ir...-me gritó- ...yo te sigo!" Lo oí al pasar zumbando a mi lado y recién rato después observé que disminuía la velocidad cuando empezaba el rancharío de los hacheros que abastecían de leña al molino harinero, que se mantenía apagado ese día por ser domingo. Reduje la velocidad frenando como pude hasta que se detuvo totalmente. Dejé caer el velamen al soltar los ganchos. Procedí a doblar el velamen cuando Juan se acercaba a ayudarme, mientras un montón de muchachitos se acercaban con curiosidad, festejando con risas cuando Juan me daba un abrazo de felicitación. El viento parecía haberse adherido al festejo pues, extrañamente, se había calmado.

Al comienzo del año 1937 entré a un período de cambios propios de la edad y como es natural me di cuenta que mis padres habían conversado el problema aparentemente sin darle trascendencia. Yo había ingresado a primer año, 1° división A y en el próximo mes de marzo iniciaríamos las clases. Se imponía, por consiguiente, el uso del pantalón largo y el correspondiente guardapolvo blanco de "normalista" que nos distinguía. Un poco en broma, un poco en serio, mi padre se apareció con una máquina de afeitar, la respectiva brocha y demás utensilios que, como es de imaginar, ya había ensayado previamente. Seguía usando la bicicleta pero de una medida mayor, de marca inglesa que era la más usual. Pero lo que más deseaba ahora era que mi padre me permitiera utilizar el automóvil que acababa de comprar. Era un auto usado pero en muy buenas condiciones. Era marca Wipet, 4 cilin-

⁷ Luisa Beanatte de Monlezun, idem cita 3.

dros, 2 puertas, canadiense, con el volante a la derecha porque en nuestro país conservábamos la izquierda para conducir, siguiendo la costumbre inglesa. El modelo original tenía rayos de madera lustrada, muy bonitos. Pero en La Pampa de aquella época, de extrema aridez, no resistían la sequedad y terminaban por aflojarse y quebrarse. Aconsejado por Juan, mi padre hizo cambiar las ruedas por otras de finos rayos de acero que le daba al auto un aspecto deportivo. A las tardes, cuando mi padre estaba en la oficina y a pesar de los rezongos de mi madre, yo ponía en marcha el automóvil, lo hacía andar un poco adelante y un poco atrás, además aprendía a medir el aceite, el agua, lo limpiaba y lustraba permanentemente. Un día, sumando coraje, le pregunté a mi prima Margarita⁸, que era nuestra vecina y estaba finalizando el magisterio, si se animaba a acompañarme en la aventura de salir en el auto. Como es natural me contestó afirmativamente y con entusiasmo. Montamos el Wipet, lo puse en marcha y salimos suavemente rumbo a la escuela, donde arribé con orgullo y sin problemas. Entretanto, mi madre espantada le había telefoneado a mi padre dándole la noticia de la travesura. Por suerte no lo tomó a mal, pero aprovechó para darme algunas lecciones de manejo automovilístico. Ese mismo verano, mis padres programaron un viaje a Carhué pensando siempre que una serie de baños de inmersión en el lago de Epecuén me vendrían bien. Cuando mi abuela Felisa⁹ se enteró pensó de inmediato que para ella también serían beneficiosos no sólo los baños sino recordar tiempos del cercano pasado pampeano. Sin pensarlo más, armamos el viaje de tres generaciones pampeanas: mi abuela Felisa, de los pagos de Azul, como ella decía, mi madre de Montevideo pero criada en General Acha, mi padre de Santa Rosa de Toay, mi hermano y yo de esta misma ciudad. Salimos muy temprano enfrentando la sudestada de viento seco y más bien fresco. Como correspondía a la época, el camino era bien de tierra, poceado, con abundantes guadales de arena. La velocidad acorde era bajísima, las cubiertas solían pincharse, los elásticos se quebraban con facilidad, es decir, viajar en automóvil era una aventura. Por suerte, mi padre tenía experiencia adquirida en épocas recientes cuando con su hermano Juan y su cuñado, "Chopo" Iribas, habían organizado una compañía de transporte automotor empleando los famosos Ford T "a bigotes", "lo único que puede andar", según mi padre. Enseguida, llegamos a la curva de Mansilla y pronto nos encontramos con el bajo de Giuliani, que en esa época estaba totalmente seco y emitiendo, por la acción del viento, una tremenda polvareda. Poco después iniciamos la subida a la larga lomada que no dejaba de ascender, obligando al conductor a emplear muy seguido la caja de cambios. De pronto, el ascenso dio fin y apareció la planiza con abundancia de caldenes de gran porte. Nuestro padre, ahora tranquilizado después de la subida, pidió que le cebaran unos mates, que todos celebramos. Al rato, señalando a la derecha, dijo: "Ahí está Naicó, lo que brilla no es

8 Margarita Monlezun, hija de la anterior nombrada.

9 Felisa Beanatte de Colombato, idem cita 3.

agua, son cristales de sal. Aquí vinimos hace unos años para que empleara el agua que es de la misma clase curativa que la de Carhué". Continuó con el recuerdo diciendo: -"¿Te acordás del Paisano Cabral, aquel indio muy alto y fornido que tenía un caballo de lomo curvado pues no resistía su peso? "

-Sí, me acuerdo, le contesté.

-Lo que más me gustó fue el asadito que hizo.

Poco después, a la izquierda vimos la entrada al Parque Luro, que apenas había acumulado una escasa cantidad de agua que visitaban unos pocos flamencos rosados y orgullosos. Cruzamos Ataliva Roca y poco después doblamos por Doblas y pasamos Atreucó, Macachín, Hidalgo. Allí nuestro padre nos indicó el lugar de las históricas Salinas Grandes, tan relacionadas con La Pampa. Luego pasamos por Rolón y ya entramos a la Provincia, como decíamos nosotros, rumbo al lago Epecuén, que no tardamos en ver brillando al sol. Carhué nos pareció importante, una ciudad, con calles empedradas y algunas con asfalto. Enseguida encontramos el hotel, que en realidad era una pensión con dormitorios cómodos y comedor bien puesto. Mientras luchábamos para sacarnos el polvo que habíamos acumulado, nuestro padre averiguó las condiciones del lago Epecuén. Volvió un poco desilusionado porque en realidad el lago estaba muy reducido, con marcada escasez de agua. Habían transcurrido varios meses sin precipitaciones. El municipio había hecho excavar algunas hondonadas para que se acumulara un poco de agua, con barro negro que los reumáticos o con enfermedades de la piel empleaban como apósito curativo. Después de cenar y cansado por las varias horas de traqueteo, dormimos con tranquilidad. Al día siguiente después de desayunar y controlar el automóvil salimos de excursión. Comprobamos que el arroyo Pigüé, que en períodos normales alimenta al lago Epecuén, apenas se arrastraba perezosamente. A pesar de la pobreza de agua nos introdujimos usando calzado de goma porque la sal totalmente cristalizada con cubos de afiladas aristas, se había transformado en un peligro. Tanto es así que al correr jugando con mi hermano tropecé y caí, lastimándome la mano y la rodilla izquierda. Las heridas que me produje, cuyas cicatrices todavía conservo, demuestran claramente que el cloruro y el sulfato de sodio no son buenos amigos de los baños. Las heridas no se infectaron y pocos días más tarde cicatrizaron fácilmente.

Los años 1937 y 1938 transcurrieron sin variantes, cursando el magisterio con mucha dedicación y trabajo intenso. El viento y la sequía continuaban como un simún eterno. Las precipitaciones pluviales eran insignificantes. En algunas oportunidades, el polvo en suspensión era tan denso que si llovía la precipitación se transformaba en barro ensuciando las paredes, ventanas y demás lugares. Lo que nos preocupaba a todos era ver a los chacareros arrendatarios juntar sus pocos bártulos, subir a sus chatas rusas y partir con inocultable tristeza rumbo al norte. Otro hecho que nos afectó y contribuyó al desánimo fue la declaración de la Segunda Guerra Mundial. Corría el año 1939 y la situación política internacional no presagiaba nada bueno, todo lo contrario, pues las fuerzas totalitarias parecían ser invencibles.

El falangismo franquista, el fascismo italiano, el nazismo y toda la maquinaria propagandista, actuaba abiertamente en nuestro país, dominado por tendencias totalitarias, que como era habitual venían acompañadas de denuncias que se centraban contra el mundo socialista, izquierdista, republicano, democrático, con sus secuelas de denuncias infames.

Durante el mes de febrero de 1940 empecé a sufrir dolores agudos en mi pie derecho que me obligaron a emplear bastón¹⁰, solución que mi padre rechazó de plano, aunque a mi no me desagradaba el hermoso apoyo, cabo de plata, que enseguida me ofreció mi tío Dídimo Parada.

Durante ese mismo mes de febrero, mi padre me llevó a Buenos Aires para que me atendiera el doctor Valls. Después de revisarme a conciencia, me dijo que en realidad el problema era de fácil solución, pues consistía en una deformación producida por exceso de actividad física. En realidad, el tendón de Aquiles estaba siendo perforado por un espolón óseo que había que cortar a fuerza de escoplo y martillo, "...igual a como lo haría tu abuelo carpintero. En pocos días vas a quedar como nuevo". Miró su agenda y sin entrar en discusión ordenó: "El 5 de febrero te opero y te enyeso. El 14 de febrero vuelvo de mis vacaciones, te saco el yeso y te dejo en manos de Vicenzo para que te haga caminar bien. Este defecto no se repetirá. Se ha producido durante el período de crecimiento. En poco tiempo estarás en condiciones de proseguir y finalizar tus estudios secundarios".

Al correr el mes de marzo pude empezar las clases y para evitar esfuerzos inútiles mi padre me autorizó a emplear el Wipet para asistir a la escuela, autorización que me produjo, como es natural para un muchachuelo, una gran satisfacción. No sólo para mi, sino también para mis amigos más íntimos.

Durante 1941, con la creación y funcionamiento de la Universidad Nacional de Cuyo, que comprendía en un principio tres provincias: Mendoza, San Juan y San Luis, tuve la oportunidad de presentarme para optar a una beca para iniciar estudios universitarios. Lo intenté sin éxito porque el título de maestro normal no era suficiente para proseguir los estudios universitarios que me interesaban especialmente. Tenía obligatoriamente que aprobar una larga serie de asignaturas. Si bien logré superar algunas, me di cuenta que no coincidía la Ingeniería en Minas con mis capacidades. Así que me despedí de mis amigos puntanos que conservé y tomé rumbo a mi tierra luego de un largo viaje en trocha angosta hasta Rosario y Santa Rosa.

Durante 1942 trabajé en La Pampa, prestando servicios gratuitos en el magisterio. Después de varios meses obtuve una designación interina, maestro a cargo de dirección, personal único. Logré acumular una buena cantidad de pesos pues no

10 Julio A. Colombato había contraído poliomiélitis en 1923, luego de "la gran nevada", según la tradición oral responsable de la enfermedad que aquejó a varios niños santarrosenses.

tenía gastos ya que gozaba de habitación y comedor escolar.

En 1943, con lo reunido me inscribí en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para iniciar el Profesorado de Historia y Geografía. Me recibí a principios de 1948. El doctor Ivanisevich, Ministro de Educación de la Nación, me designó profesor titular en 9 horas de cátedra, en el Colegio Nacional Gral. José de San Martín, de Santa Rosa. Desde aquel momento, 50 años de servicios han transcurrido en las numerosas y variables escalas de la docencia.

Bibliografía

COLOMBATO, Julio A. (1998) "El simún pampeano", en J. COLOMBATO, **En tiempos del viento grande 1930-1960**, inédito.

LASSALLE, Ana María y COLOMBATO, Julio A. (1992) "Dídimo Parada, el platero silencioso", en: A. LASSALLE y J. COLOMBATO, **No te olvides de Serafín**, Fondo Editorial Pampeano (Ley 804), Santa Rosa. La Pampa.

LASSALLE, Ana María, (1995) "El remington de tía Carolina", en COLOMBATO, Julio A. (coordinador), **Trillar era una fiesta-Poblamiento y puesta en producción de La Pampa territorialiana**, tomo II, Instituto de Historia Regional, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, Santa Rosa, La Pampa.